

mas, y huyeron á todo correr, incluso el francesito que, convencido en fin de que habia aparecidos, corria mas de prisa que los otros.

Al llegar el próximo martes, sieur Clubin se hallaba en Saint-Malo, reconduciendo la Duranda.

El *Tamaulipas* seguia en la rada.

Sieur Clubin, fumando su pipa, preguntó al dueño de la posada Jean:

—Y bien, ¿cuándo parte ese *Tamaulipas*?

—Pasado mañana, jueves, respondió el posadero.

Aquella noche Clubin cenó en la mesa de los guardacostas, y, contra su costumbre, salió despues de cenar, de lo que resultó que no pudo estar en el despacho de la Duranda, y casi dejó abandonado su cargamento. Eso pareció raro en un hombre tan exacto.

Parece que habló algunos instantes con su amigo el cambista.

Entró dos horas despues del toque de oraciones de Noguette. La campana brasileña da este toque á las diez. Era, pues, media noche.

## VI.

## LA JACRESSARDE.

Cuarenta años atrás, Saint-Malo tenia una callejuela llamada la callejuela de Coutanchez, que no existe ya actualmente, por haber sido comprendida en el círculo de los embellecimientos.

Era una doble hilera de casas de madera inclinadas unas hácia otras, que dejaban entre sí bastante sitio para un arroyo que se llamaba la calle. Se andaba con las piernas abiertas por los dos lados del agua, tropezando la cabeza ó los codos con las casas de derecha é izquierda.

Aquellas viejas barracas de la edad media normanda,



tenian perfiles casi humanos. De una de ellas á una bruja no hay gran diferencia. Sus pisos en ángulo entrante, sus desplomes, sus tejadillos circunflexos y sus malezas de hierro viejo figuraban labios, barbas, narices y cejas. El desvan ó la ventanilla de buhardilla es el ojo tuerto. La mejilla es la pared, arrugada y herpética. Se tocan frente con frente como si maquinasen un mal golpe.

Todas las palabras de la antigua civilizacion, garito, ladronera, mal paso, se refieren á aquella arquitectura.

Una de las casas de la callejuela de Coutanchez, la mayor, la mas famosa ó la mas acreditada, se llama la Jacressarde.

La Jacressarde era la morada de los que no moraban en parte alguna. En todas las ciudades, y muy particularmente en los puertos de mar, hay, debajo de la poblacion, un residuo. Gentes sin oficio ni beneficio, sin casa ni hogar, de tal manera que con frecuencia ni la misma justicia puede adivinar su procedencia, espumadores de aventuras, cazadores de espedientes, químicos de la especie estafa, que echan siempre la vida en el crisol, todas las formas del harapo y todas las maneras de llevarlo, los frutos secos de la falta de probidad, las existencias en bancarota, las conciencias que han renunciado á su balance, los que han abortado en la escalada y robos con fractura (pues los grandes ladrones se ciernen y permanecen en las altas regiones), los trabajadores y trabajadoras del mal, los tunos y las tunas, las inquietudes medrosas y los codos destrozados, los pícaros reducidos á la

indigencia, los malhechores mal recompensados, los vencidos del duelo social, los hambrientos que han sido los devoradores, los merodeadores del crimen, los pobres, en la doble y lamentable acepcion de la palabra; tal es el personal.

Allí la inteligencia humana es bestial. Aquello es el monton de basura de las almas. Todo se reúne en un rincon donde de cuando en cuando se da una de esas escobadas que se llaman visitas de policia. Este rincon en Saint-Malo era la Jacressarde.

Los que se encuentra en esas madrigueras no son los muy criminales, los bandidos, los salteadores, los grandes productos de la ignorancia y de la indigencia. Si en ellas se halla representado el asesinato, es por algun borracho brutal; los rateros y fulleros constituyen la mayoría.

Aquello es mas el esputo de la sociedad que su vómito. El pillo, sí; el bandolero, no. Sin embargo, es menester andarse con cuidado.

Una vez, echando la red barredera en el Epi-scié, que era para París lo que la Jacressarde para Saint-Malo, la policia pescó á Lacenaire.

Tales guaridas lo admitian todo. La caída es una nivelacion. Allí cae algunas veces la honradez que se cubre de harapos. La virtud y la probidad corren tambien á veces estrañas aventuras.

Es menester no honrar irreflexiblemente los Louvre ni despreciar irreflexiblemente los presidios. El respeto pú-



blico y la reprobacion universal deben discutirse. Porque hay sorpresas. Un ángel en un lupanar, una perla en un estercolero: este sombrío y deslumbrador hallazgo es posible.

La Jacressarde era mas que una casa un patio, mas que un patio un pozo. No tenia habitaciones que mirasen á la calle. Una alta tapia con una puerta baja era su fachada. El que queria entrar levantaba el picaporte, empujaba la puerta, y se encontraba en un patio.

En medio del patio se veia un agujero redondo, rodeado de una márgen de piedra al nivel del suelo. Era un pozo. El patio era pequeño, el pozo era grande. Servia de marco al brocal un empedrado desigual y desnivelado.

El patio, que era cuadrado, tenia tres frentes edificados. Por el lado de la calle, pero delante de la puerta, á derecha é izquierdá, habia habitaciones.

El que se arriesgaba á penetrar allí, entrada ya la noche, oia como una especie de ruido de alientos mezclados, y si habia bastante claridad de luna ó de estrellas para dar forma á los lineamentos oscuros que tenia ante la vista, hé aquí lo que vislumbraba:

El patio. El pozo. Alrededor del patio, delante de la puerta, un cobertizo figurando una especie de herradura que fuera cuadrada, galería carcomida, enteramente abierta; un techo de grandes y desiguales vigas, sostenido por pilares de piedra que guardaban todos entre sí diferentes distancias; en el centro el pozo, alrededor del pozo, en una pajera, formando como un rosario circular, suelas

de zapato verticalmente colocadas, tacones de bota desgastados, dedos pasando por agujeros de zapatos, y muchos talones desnudos, pies de hombre, pies de mujer, pies de niño. Todos aquellos pies dormian.

Mas allá de aquellos pies, la vista, abismándose en la penumbra del cobertizo, distinguia cuerpos, formas, cabezas adormecidas, desperezamientos inertes, andrajos de los dos sexos, promiscuidad en el estiércol, no se sabe qué siniestra confusion humana.

Aquel cuarto de dormir era de todo el mundo. Se pagaban allí dos sueldos por semana. Los pies tocaban el pozo. En las noches de tempestad, llovía sobre aquellos pies; en las noches de invierno, nevaba sobre aquellos cuerpos.

¿Quiénes eran aquellos seres? Los desconocidos. Entraban allí por la noche y salían por la mañana. El orden social se complica de esas larvas. Algunos pasaban una sola noche y no pagaban. La mayor parte no habian comido en todo el dia.

Todos los vicios, todas las abyecciones, todas las infecciones, todas las angustias; el mismo sueño de abatimiento en el mismo lecho de lodo. ¿Qué sueños los de todas aquellas almas!

¡Cita fúnebre, merced á la que se removian y amalgamaban en el mismo miasma las lasitudes, los desfallecimientos, las borracheras, las marchas y contramarchas de un dia sin un bocado de pan y sin un buen pensamiento, remordimientos, apetitos desordenados, cabelleras mez-



cladas con basura, semblantes que tenían la mirada de la muerte, tal vez besos de bocas de tinieblas.

Aquella podredumbre humana fermentaba en aquella tina. Estaba arrojada allí por la fatalidad, por el viaje, por el buque que había llegado la víspera, por una salida de cárcel, por la suerte, por la noche. Cada día el destino vaciaba allí su banasta.

Entraba quien quería, dormía quien podía, hablaba quien osaba. Porque aquel era un lugar de cuchicheo. Había prisa en comunicarse.

Se procuraba olvidarse en el sueño, ya que no era posible perderse en la sombra. Se tomaba de la muerte lo que se podía. Se cerraban los ojos en aquella agonía que volvía á empezar todas las noches. ¿De dónde salían aquellas gentes? de la sociedad, siendo la miseria; de la ola, siendo la espuma.

No tenían paja todos los que querían. Mas de un cuerpo desnudo se arrastraba por el suelo; algunos se acostaban derrengados, y se levantaban anquilosados (1).

El pozo, sin baranda y sin tapia, siempre abierto, tenía treinta pies de profundidad. Caía en él la lluvia, rezumaban en él las inmundicias, en él filtraban todos los arroyos del patio. A un lado estaba el cubo para sacar agua. El que tenía sed, bebía de aquel pozo, el que estaba cansado de vivir, se ahogaba en él. Desde el sueño en el estiércol se pasaba á otro sueño.

(1) Sin juego en las articulaciones.

En 1819, se sacó de aquella agua inmunda el cadáver de un jóven de catorce años.

Para no correr peligro en aquella casa, era preciso ser de la cofradía.

Los legos eran mal vistos.

¿Aquellos seres se conocían entre sí? No. Se olian.

Era la dueña de la casa una mujer jóven, bastante bien parecida, que llevaba una gorra con cintas, que se lavaba algunas veces con el agua del pozo, y tenía una pierna de palo.

Apenas amanecía, el patio se vaciaba, tirando los huéspedes cada cual por su lado.

Había en el patio un gallo y gallinas que estaban todo el día escarbando la basura. El patio estaba atravesado por un tirante horizontal que descansaba sobre dos postes ó pies derechos, figurando una horca que no parecía estar muy fuera de su lugar.

Con frecuencia, despues de una noche lluviosa, se tendía en el tirante, para que se secase, un vestido de seda mojado y lleno de lodo, que era de la mujer de la pierna de palo.

Encima del cobertizo y formando como éste un marco alrededor del patio, había un piso, y encima del piso una boardilla. Una escalera de madera carcomida, taladrando el techo del cobertizo, conducía arriba, y por esta escalera, que se bamboleaba, subía no sin trabajo y con mucho ruido la mujer coja.

Los inquilinos de paso, los que pasaban allí una se-



mana ó una noche, habitaban el patio; los inquilinos habituales vivian en los cuartos.

Ventanas, pero sin un cristal; jambas, pero sin una puerta; chimeneas, pero sin un fogon: tal era la casa. Se pasaba de una estancia á otra indiferentemente por un agujero cuadrado, que habia sido la puerta, ó por un hueco triangular, que era el espacio intermedio de las viguetas del tabique. La argamasa caida cubria el suelo.

No se comprendia cómo la casa no se venia abajo. El viento la movia.

Se trepaba como se podia por los gastados y resbaladizos peldaños de la escalera. Todo era una claraboya. El invierno entraba en las habitaciones como el agua en una esponja. La abundancia de arañas tranquilizaba respecto del hundimiento inmediato (1).

Ningun mueble. Dos ó tres jergones en los rincones, cuya abierta tripa dejaba ver mas ceniza que paja. En diferentes puntos un cántaro y un barreño que servian para distintos usos. Un olor repugnante y nauseabundo.

Las ventanas daban al patio, y desde ellas éste parecia la parte superior de un carro de basura. Las cosas, sin contar los hombres, que allí se pudrian, que allí se enmohecian, que allí se llenaban de herrumbre, eran indescriptibles. Las ruinas fraternizaban; caian de las paredes,

(1) Se cree generalmente que las arañas abandonan los edificios ruinosos cuando está muy próximo su hundimiento. Lo mismo se dice de las cigüeñas cuando amenazan ruina las torres en que tienen su nido.

caian de las criaturas. Los pingajos se sembraban en los escombros.

A mas de su poblacion flotante, acantonada en el patio, la Jacressarde tenia tres inquilinos, un carbonero, un trapero y un alquimista.

El carbonero y el trapero ocupaban dos de los jergones del primer piso; el alquimista vivia en la guardilla, que se llamaba, no se sabe por qué razon, el zaquizamí. Se ignoraba en qué rincon se acostaba la mujer.

El alquimista, fabricante de oro, era algo poeta. Tenia, debajo de las tejas, un cuarto en que habia una ventanilla estrecha, y una gran chimenea de piedra en que mugia el viento.

Como la ventanilla no tenia bastidor, él mismo habia clavado encima un pedazo de lona procedente de una vela de buque. La lona dejaba pasar poca luz y mucho frio.

El carbonero pagaba su alquiler de cuando en cuando con una espuerta de carbon, el trapero pagaba el suyo con un celemin de grano por semana para las gallinas, y el fabricante de oro no pagaba de manera alguna.

Entre tanto quemaba la casa.

Habia arrancado el poco maderámen que en ella habia, y á cada instante sacaba de la pared del techo una astilla para calentar su marmita de hacer oro.

En el tabique, encima del camastro del trapero, se veian dos columnas de guarismos, trazadas con yeso por el trapero semana por semana, una columna de 3 y otra



de 5, según que el celemin de grano costaba tres liards ó cinco céntimos.

La marmita de hacer oro del «químico» era una bomba vieja cascada, promovida por él al empleo de calderilla, en que combinaba sus ingredientes.

La trasmutacion le absorbía. Hablaba de ella algunas veces á los mendigos del patio, que se reían. Él decía: *Esas gentes están llenas de preocupaciones.*

Habia resuelto no morir sin echar la piedra filosofal al tejado de vidrio de la ciencia. Su hornillo comía mucho combustible. En él habia desaparecido todo un tramo de la escalera. Toda la casa pasaba por allí á fuego lento. La patrona le decía: No me dejareis mas que la cáscara. El la desarmaba haciéndola versos.

Tal era la Jacressarde.

Un chiquillo, que era tal vez enano, de doce ó de sesenta años de edad, escrofuloso, que tenia siempre una escoba en la mano, era el criado.

Los parroquianos habituales entraban por la puerta del patio; el público entraba por la tienda.

¿Qué era la tienda?

La alta tapia que formaba la fachada que daba á la calle tenia á la derecha de la entrada del patio una abertura en escuadra, que era á la vez puerta y ventana, con postigo y bastidor, único postigo en toda la casa que tenia goznes y cerrojos, único bastidor que tenia vidrios. Detrás de la delantera abierta en la calle habia un cuartito, tomado del cobertizo que era dormitorio comun.

Se leía, escrita con carbon en la puerta de la calle, esta inscripcion: *Aquí se enseñan curiosidades.* La frase hizo fortuna.

Sobre tres tablas, que en forma de estantería se aplicaban á las vidrieras, se veían algunos jarros de loza sin asa, un quitasol chinesco bordado de figuritas y sembrado de agujeros, que no se podia abrir ni cerrar, pedazos de hierro ó de porcelana informes, sombreros de hombre y de mujer desfundados, tres ó cuatro conchas de oreja marina, algunos paquetes de botones viejos de hueso y de cobre, una caja de tabaco con retrato de María Antonieta, y un tomo descabalado del álgebra de Boisbertrand.

Tal era el surtido llamado «curiosidades» de aquella llamada tienda.

Ésta, por una puerta trasera, comunicaba con el patio del pozo. Habia allí una mesa y un taburete. La mujer de la pierna de palo era la que se ponía detrás del mostrador.